



## Japón: sonrisa de guante blanco



Julio Marco (\*)

**P**asar de Mallorca a Japón es entrar en un mundo de referencias culturales sorprendentes, a caballo entre modernidad y tradición. La inmersión cultural se hace forzosamente más profunda al comprobar que ni siquiera el teléfono tribanda funciona y que el conocimiento de lenguas extranjeras es allí escasisimo. Todo ello queda ampliamente compensado por una sonrisa amable y permanente junto a una cordialidad exquisita.

Aunque en japonés existe la palabra «no», su uso se considera poco apropiado. Ante una pregunta del visitante que no puede quedar sin respuesta o ofrecer un simple «no entiendo» como salida, la empleada interrogada desplegará un amplio abanico de documentos, planos y guías intentando ofrecer respuesta a una pregunta apenas vislumbrada; en todo caso se esforzará para que el visitante reformule la pregunta de forma que pueda darle una respuesta afirmativa.

Japón cuenta con modernísimos sistemas de transporte, pero la azafata del avión bajará su cabeza por debajo de la del pasajero sentado cuando tenga que darle una explicación, aunque para ello tenga que adoptar una extraña e incómoda posición en cuclillas.

La apertura de los mostradores de facturación a las 06h de la mañana en el aero-

puerto de Fukuoka constituye un espectáculo digno del mejor escenario; una docena de azafatas exquisitamente uniformadas e impecablemente maquilladas en perfecta fila de a uno, se sitúan unos minutos antes de la hora fijada ante los mostradores para inclinarse sincrónicamente en profunda reverencia ante el somnoliento viajero a la hora exacta, una vez que por los altavoces se haya acabado la salutación inicial de la jornada laboral, que escuchan con el mismo recogimiento que si de una oración se tratase.

En las calles de Tokio los ejecutivos visten



trajes de negro riguroso con camisas blancas y corbatas que dejan poco espacio al atrevimiento en colores o diseños. Sin embargo creo que son los impecables guantes blancos el elemento más distintivo en las calles; policías con guantes, conductores de transportes públicos con guantes, hasta ciclistas con guantes. Los jardineros del Palacio Imperial que recogen las hojas y otros restos del césped cubren sus ropas con delantales blancos y calzan guantes blancos.

El permiso de visita al Palacio Imperial puede obtenerse «on line», pero una vez allí, la visita se torna nuevamente en tra-

dicional y se lleva a cabo mediante una bien organizada columna de a cuatro completamente controlada y dirigida por agentes, naturalmente de guante blanco.

Pese a que el día de visita es caluroso y extremadamente soleado, mis gafas de sol parecen ser las únicas de todo el Japón; «aquí no son necesarias» fue la respuesta que obtuve al respecto. Tomar el metro o un taxi, en este último caso una vez acostumbrado a mirar en sentido contrario (pues allí se circula por la izquierda), tampoco está exento de sorpresas. El movimiento de acercar la mano a la manilla de la puerta tiene como consecuencia su apertura inmediata. Apenas sentado y al tiempo que uno acomoda las pertenencias, y prepara el mapa en japonés para indicar el lugar de destino, la puerta se ha cerrado sola nuevamente. Naturalmente es el taxista quien la controla desde su posición al volante. Éste observará el mapa japonés detenidamente aunque el lugar subrayado sea el más popular de todo Japón. Sólo una vez persuadido de que ha entendido exactamente el destino pondrá primero el vehículo y luego el taxímetro en marcha.

Y quedan todavía los inodoros con circuito término y chorros de agua, cuyas palancas de vaciado a veces no son aparentes y se encuentran a distancia del sanitario, pero mis peripecias relativas a ese ingenio hidráulico de la domótica, espero que el lector fácilmente pueda aceptar que permanezcan en la intimidad.

(\*) Médico